

Ese nuestro París

Daniel Serrano

Personajes:

Elisa. 40 años

Alberto. 30 años

Escena 1

La acción sucede en un café de la estación de trenes de París. Alberto está sentado leyendo en una mesa. Elisa llega y se sienta en otra mesa, frente a él, de tal manera que aunque están en diferentes mesas, se ven de frente.

Elisa.- Dicen que Gerard Depardieu camina tranquilo por las calles de París.

Alberto.- ¿Lo ha visto?

Elisa.- No... Una vez... De lejos... Pero más bien creo que me confundí, porque justamente había pensado en esa frase... Y de pronto lo vi a lo lejos... Es mucha casualidad, ¿no?

Alberto.- Pues sí.

Elisa.- Creí que tal vez hoy no venía. ¿Sigue sin llegar su arzobispo?

Alberto.- Serán muchas semanas viniendo por el arzobispo. Hasta que acabe su misión.

Elisa.- ¿Dónde dice que está?

Alberto.- En Copenhague.

Elisa.- Y de última hora ha cancelado.

Alberto.- Así es. Pero bueno, no todas las esperas tienen su desesperanza. Aquí puedo verla.

Elisa.- Sí... ¿Ya le han dicho?

Alberto.- ¿Qué?

Elisa.- Es usted muy guapo para ser sacerdote.

Alberto.- Gracias... Pero no tiene que ver.

Elisa.- ¿No lo escogieron por guapo?

Alberto sonríe.

Elisa.- ¿Ni por coqueto?

Alberto.- Aquí no es como en la farándula.

Elisa.- Pero se parece mucho, ¿no?

Alberto.- A usted si la eligen por su belleza.

Elisa.- Y también por lo que pienso.

Alberto.- Claro...

Elisa.- Sí. Por mi inteligencia.

Alberto.- No quise decir otra cosa.

Elisa.- Pero sí se parecen mucho, ¿no?

Alberto.- ¿Qué?

Elisa.- Nuestras profesiones.

Alberto sonríe de nuevo.

Elisa.- Sí. Ambos estamos frente al público. Vivimos del público.

Alberto.- Más o menos.

Elisa.- Ambos tenemos que estudiar nuestros personajes.

Alberto.- Pues, sí.

Elisa.- Ambos podemos hacer reír, pero nos gusta más hacer llorar.

Alberto.- Y sí.

Elisa.- Y mire, el Papa es más famoso que Gerard Depardieu.

Alberto.- El Papa es un ser supremo, Gerard Depardieu no.

Elisa.- ¿Qué me está diciendo?... ¿De verdad cree eso?

Alberto.- ¿Qué es lo que le gusta de Depardieu?

Elisa.- Pues... Su modo de actuación, su calado profundo en la interpretación.

Alberto.- ¿Qué es eso?

Elisa.- ¿Qué es ser supremo?

Alberto.- ¿Puedo?

Elisa.- Claro.

Alberto se cambia de mesa.

Alberto.- ¿Conoce Usted Copenhague?

Elisa.- Sí.

Alberto.- ¿No encuentra una supremacía en Copenhague?

Elisa.- No más que en París.

Alberto.- ¿Y en nuestro México?

Elisa.- (*Breve pausa, incrédula*) ¿Está hablando en serio?

Alberto.- ¿Se queda con París?

Elisa.- ¡Por supuesto! ¡Me quedo en París!

Alberto.- Y yo me quedo con el Papa. Porque es supremo.

Elisa.- ¿Está diciendo que si yo me quedara con Depardieu es como si decidiera regresarme a México?

Alberto.- Algo así.

Elisa.- ¿Y qué tiene?

Alberto.- Nada. Seguramente Depardieu tendrá sus encantos.

Elisa.- Y el Papa también. ¡Además de ser supremo!

Alberto no puede evitar carcajearse. Elisa lo ve, sorprendida.

Elisa.- Ustedes los curas tienen una manera suprema de perturbar a la gente.

Alberto.- Estamos diseñados para perturbar.

Elisa.- ¿Qué dijo?

Alberto.- Eso, perturbar.

Elisa.- ¿Con ese cinismo?

Alberto.- Todos lo sabemos. Ustedes y nosotros. De hecho, en el seminario teníamos un juego para perturbar. Pensábamos en la religiosa más piadosa que pudiera haber cerca de nosotros, y luego jugábamos a eso, a perturbar. Después de todo también nosotros tenemos derecho a la diversión. Y aunque todos lo sabemos, ustedes y nosotros, nadie lo dice.

Elisa.- ¡Yo si lo dije!

Alberto.- Habría que ver.

Elisa.- ¿Habría que ver qué? ¡Lo dije!

Alberto.- Habría que ver si es usted especial.

Elisa.- ¿Y cómo las perturban?

Alberto.- ¿No dijo usted que somos guapos?

Elisa.- No creo que el plural sea lo más adecuado aquí. La mayoría son feos, con unos rostros... digamos... especiales. Rostros como de celibato... Algunos dan mucho miedo.

Alberto.- Bueno, eso indica que tal vez las apariencias pueden engañar.

Silencio.

Alberto.- ¿Tampoco su prima actriz vino?

Elisa.- ¿Qué?

Alberto.- ¿Por qué volvió usted?

Elisa.- Sí vino. Ahora viene una sobrina mía. Quiero que vengan a París en las mejores condiciones.

Alberto.- De hecho me pareció muy diferente a usted. Muy francesa.

Elisa.- ¿Cómo? ¿Yo no le parezco muy francesa? ¿O soy más mexicana?

Alberto.- Me parece muy... digamos... ¿salvaje?

Elisa.- Soy, simplemente.

Alberto.- Eso sonó a comercial de perfumes.

Elisa.- ¿Qué sabe usted de perfumes?

Alberto.- Un poco más que lo necesario.

Elisa.- ¿Me quiere perturbar? ¿Se siente supremo?

Alberto.- No. Sólo quiero conversar. Quiero que me platique de usted. Quiero saber por qué dos mexicanos nos vinimos a encontrar en una estación de trenes de París. Quiero saber cómo es su vida de actriz...

Elisa.- (*Interrumpe*) ¿Para qué?

Alberto.- Para... conocerla.

Elisa.- ¡Me tengo que ir!

Elisa se levanta y se va.

Alberto.- ¡Pero no ha llegado el tren 68!

Elisa regresa.

Elisa.- Efectivamente, no ha llegado el tren 68.

Alberto.- Ese podría ser el nombre de una obra de teatro, ¿no?

Elisa.- ¡De terror!

Se vuelve a sentar en la mesa. Alberto se sienta con ella.

Alberto.- Es usted hermosa. Y no es para perturbarla.

Elisa.- Soy de Tijuana, soy actriz desde jovencita, y me vine a París huyendo de la muerte de mi novio. Me vine siguiendo a Gerard Depardieu, y nunca lo vi, y poco a poco me fui enfrentando a lo difícil que es ser actriz en un país en el que no dominas el idioma. Pero mientras aprendía francés, trabajé en muchas cosas, hasta que entré como asistente en la compañía de teatro en la que estoy. Y allí empecé a hacer papelitos pequeños. Y luego a hacer casting, y a reclutar actores para producciones grandes... Y bueno, la vida es compleja... Muchas de estas jóvenes como las que usted vio han hecho mejores papeles que yo que tengo más de 20 años como actriz.

Alberto.- ¿Podemos tutearnos?

Elisa.- (Neutra) Mi vida es compleja...

Alberto.- Como tu misma la quieres.

Elisa.- ¡Esas son tonterías! Son como de discurso de superación personal.

Alberto.- ¿Y qué?

Elisa.- Que termina siendo un lugar común. Y si algo hay que odiar en el teatro, son los lugares comunes. Pero bueno, entiendo la lógica de la superación personal en sus "espectadores".

Alberto.- ¡Salvaje, lo menos!

Elisa.- ¿No les conviene más que ellos estén sin esperanzas? Para que encuentren en ustedes ese sosiego que la vida les quita.

Alberto.- Digamos que es una técnica.

Elisa.- ¿De veras?

Alberto.- ¿Cuántas técnicas has explorado como actriz?

Elisa.- Por lo menos tres, o cuatro.

Alberto.- Bueno, pues cada quién tiene su técnica.

Elisa.- Yo busco conmover.

Alberto.- Yo también.

Elisa.- Pero yo uso la ficción.

Alberto.- (*Irónico*) ¿Quieres que te cuente un secreto?

Silencio.

Elisa.- Pero mis espectadores saben que estoy usando la ficción.

Alberto.- Pues tal vez esa sea la diferencia entre nuestras profesiones.

Elisa.- Interesante.

Alberto.- Siempre.

Silencio.

Elisa.- ¿Y tú?

Alberto.- ¿Yo qué?

Elisa.- ¿Cómo llegaste?

Alberto.- Terminé el seminario en Guadalajara y conocí a Monseñor Bélanger en un viaje que hizo a la ciudad de México. Él me invitó a trabajar a París. Imagínate, yo de Arteaga, Michoacán, terminé viviendo en París.

Elisa.- Debes de ser algo así como el orgullo de tu ciudad.

Alberto.- De mi pueblo.

Elisa.- ¿Sabes que necesito hacer para ser el orgullo de Tijuana?

Alberto.- Tiene sus ventajas ser pueblerino.

Elisa.- ¿Es pedófilo?

Alberto.- ¿Qué?

Elisa.- Tu monseñor Bélanger.

Alberto.- No. Tampoco yo. Tampoco tú eres blanco de ellos.

Elisa.- Eso no fue muy amable.

Alberto.- Tampoco tu pregunta.

Elisa.- De ti puedes estar seguro, pero de él no.

Alberto.- No todos los sacerdotes son pedófilos.

Elisa.- Pues no.

Alberto.- Pareciera que así lo crees.

Elisa.- ¡No! Ese es el cliché que odio.

Alberto.- Entonces para desbaratar ese cliché podríamos decir que tú eres una pedófila.

Silencio.

Elisa.- Sería interesante.

Alberto.- ¿De veras?

Elisa.- Para el teatro sería interesante.

Alberto.- ¿Pero sería igual de impactante?

Elisa.- ¿Por qué no?

Alberto.- Porque eres mujer.

Elisa.- ¿Y?

Alberto.- Y además eres bella.

Elisa.- Esa es una actitud totalmente misógina.

Alberto.- Y machista tal vez.

Elisa.- ¡Sí!

Alberto.- ¿Te fijaste que interesante? El que tú seas bella se convirtió en un asunto machista.

Elisa.- No es mi belleza. Es la posibilidad de que yo no sea pedófila porque soy bella.

Alberto.- Y modesta.

Elisa.- ¡No estamos hablando de eso!

Alberto.- ¿De qué?

Elisa.- De mi humildad.

Alberto.- ¡Imposible hablar de ella!

Elisa.- ¡Me desesperas!

Alberto.- No era mi intención.

Elisa.- Deberías de ser abogado. En la iglesia hay curas abogados, ¿no?

Alberto.- Se llama derecho canónico.

Elisa.- ¿Entonces tú eres de esos que defienden a los pedófilos?

Alberto.- No.

Elisa.- ¿No eres abogado?

Alberto.- No me interesa.

Elisa.- ¿Defenderlos?

Alberto.- Mucho menos.

Elisa.- ¿Entonces?

Alberto.- ¿Qué?

Elisa.- ¿Te quieres pasar la vida siendo el...? ¿Cómo decirlo?... ¿El asistente del arzobispo?

Alberto.- ¿Te tengo que contestar ahorita?

Elisa.- ¡¿Qué?!

Alberto.- ¿Lo puedo pensar?

Elisa.- (*Entrando al juego*) ¿Cuánto tiempo?

Alberto.- Tal vez veinticuatro horas. O cuarenta y ocho.

Elisa.- Eso me suena a una cita.

Alberto.- ¡Acepto!

Alberto se levanta y se va.

Elisa.- ¿A dónde...?

Escena 2

Mismo lugar.

Elisa y Alberto están en otra de las mesas.

Elisa.- ¿Por qué te fuiste así?

Alberto.- Me hubiera gustado estar en la misma mesa.

Elisa.- Ustedes son de rutinas, ¿verdad?

Alberto.- Porque llegó Monseñor Bélanger.

Elisa.- Primero la primera lectura, luego la segunda, luego el evangelio, luego el sermón, que es la parte más aburrida, luego el credo... y así... Nunca le cambian.

Alberto.- Y ustedes siempre con el amor. La chica pobre que se enamora del hombre rico, que además tiene una novia rubia muy bella. Pero el hombre rico quiere a la chica pobre, que además de tener el pelo negro, es flaca... Nunca le cambian.

Elisa.- Mis obras no son así.

Alberto.- Tampoco mis misas.

Elisa.- ¿Seguro?

Alberto.- Bueno, un poco sí.

Elisa.- ¿Y si no peleamos?

Alberto.- ¡Buena idea!

Elisa.- Me parece un abuso.

Alberto.- ¿Qué?

Elisa.- Pelear.

Alberto.- ¿Por qué?

Elisa.- Pues no sé... Porque te llevo ventaja.

Alberto.- ¿De qué?

Elisa.- Ventaja mundana. Y supongo que de edad. ¿Cuántos años tienes?

Alberto.- ¿A estas alturas crees que eso es una ventaja? Pero además no ves el lugar común.

Elisa.- ¿Cuál lugar común?

Alberto.- Pensar que porque soy sacerdote no tengo experiencia mundana.

Elisa.- Y para seguir evitando los lugares comunes, por favor no digas que esa es la experiencia que necesitas para combatir el pecado.

Alberto.- (*Con una sonrisa*) No... No es lo que pensaba decir.

Elisa.- Tengo una gran duda.

Alberto.- A ver...

Elisa.- Si las monjas se casan con Dios, ¿con quién se casan los sacerdotes?

Alberto ríe.

Elisa.- ¿También con Dios?

Alberto.- Algo así.

Elisa.- Ergo todos los curas son homosexuales.

Alberto.- Dios es asexual.

Elisa.- ¿Dios no tiene sexo?

Alberto.- No.

Elisa.- Ah... Pero es polígamo.

Alberto.- Es esencia.

Elisa.- ¿Y ya? (*Pausa*) ¿Esa es la solución? ¿Esa es la justificación?

Alberto.- Esa es la fe.

Elisa.- Entre la esencia y la fe, podemos justificar cualquier cosa.

Alberto.- (*Divertido*) ¿Eres atea?

Elisa.- No, creo en Dios.

Alberto.- Pruébamelo.

Elisa.- Tú ten fe en que no soy atea.

Alberto.- Pruébame que Dios existe.

Elisa.- ¿Tienes dudas?

Alberto.- No.

Elisa.- Sí, tienes dudas. Pero no sé por qué presiento que no soy yo la más adecuada para orientarte espiritualmente.

Alberto.- Yo no tengo dudas de que Dios existe, porque tengo pruebas. Y tú, que no tienes pruebas, crees en Dios. ¿Ya te diste cuenta?

Elisa.- ¿Qué?

Alberto.- Que tu fe es más fuerte que la mía. Tú, que no tomaste la decisión de casarte con Dios.

Breve pausa.

Elisa.- Sí tengo una prueba.

Alberto.- A ver.

Elisa.- La complejidad del cerebro.

Alberto.- ¿Eso?

Elisa.- Lo inexplicable y lo inexpugnable del mismo. (*Breve pausa*) ¿Cómo ves?

Alberto.- Es un estupendo ejemplo.

Elisa.- Nadie lo entiende. ¡Y qué bueno!

Alberto.- Sobre todo porque gracias al cerebro crees en Dios.

Elisa.- Entonces no es un asunto del corazón.

Alberto.- Claro que sí. Porque mucha gente no se ha puesto a pensar en la complejidad del cerebro para creer en Dios.

Elisa.- Y allí es donde entra la fe.

Alberto.- Pues sí.

Elisa.- Pero yo no tengo fe.

Alberto.- Sin embargo crees en Dios. Una mujer sin fe que cree en Dios. Eso está muy bien.

Elisa.- ¿Te parece?

Alberto.- Sí.

Elisa.- ¿Te parece que esté bien que yo niegue la fe?

Alberto.- Sí. La niegas porque no la necesitas.

Elisa.- ¿Está bien que un sacerdote diga que alguien no necesita la fe?

Alberto.- Bueno, de alguna manera todos la necesitamos. Hay gente que es lo único que tiene.

Elisa.- Y yo también.

Alberto.- ¿Cómo?

Elisa.- Lo único que tengo es no tener fe.

Alberto.- Pero para actuar necesitas fe, ¿no?

Elisa.- Sí, pero en ti mismo. Y yo ni monógama, ni esencia, ni nada.

Alberto.- Pero al fin y al cabo la ejerces.

Elisa.- No todas las actrices la tienen. En fin, pero yo no quería hablar de eso.

Alberto.- ¿Entonces?

Elisa.- Estoy haciendo una película.

Alberto.- ¡Qué bien!

Elisa.- Y quiero que me ayudes.

Alberto.- ¿Yo?

Elisa.- Sí, tú.

Alberto.- Yo no sé hacer películas.

Elisa.- ¿Y cómo sabes?

Alberto.- Pues... No sé...

Elisa.- ¿No sabes que sabes? ¿O más bien que no sabes?

Alberto.- ¿Qué quieres que haga?

Elisa.- Que me escuches. Mi historia gira alrededor de una negra. Una niña que conocí en Tijuana, una nigeriana. ¿Sabes que allá hubo un tiempo en el que llegaron muchos africanos con la idea de cruzar la frontera? Esa niña tenía como unos 10 años, ¡y es el ser más bello que he visto en mi vida! Con una piel brillante de lo negra, y unos ojos azules llenos de luz. Decía que su mamá le decía que cuando ella se metía al mar, los peces de colores enloquecían de felicidad. Y aunque ella era la niña, la que se creía la historia era yo, que ya tenía como veinte años. Debo de confesar que su belleza me hizo dudar de mi sexualidad. Fui con mi novio y le pedí sexo violento, como para comprobar que yo no era lesbiana, porque la niña me perturbaba. Mi novio me dijo que un italiano había hecho una película sobre ese tema, en el que un tipo ya viejo se enamoraba de un jovencito, pero que no precisamente del jovencito, sino de la belleza humana. Yo nunca creí esa historia, hasta que una vez vi la película. Y mientras tanto mi novio se aprovechaba de lo que yo le

pedía: Sexo violento. Pero bueno, esa es una historia que no quiero que salga en la película. Quiero contar la historia de la niña, porque estoy segura de que ella fue suprema, así como tu Papa, así como París. Quiero contar la historia de una “todopoderosa”. Sólo de pensar en hacer el casting me pongo a temblar, ante la posibilidad de encontrar otro ser humano capaz de tener esa belleza. *(Breve pausa)* Dejé de ver a la niña unos meses después. Ella vivía cerca de mi casa, y de pronto se cambiaron. Nunca más la volví a ver, pero pude imaginar cómo había crecido. Tengo cada una de esas etapas en mi mente, y me perturba pensar que ahora ella debe tener 30 años. Me perturba pensar qué hace en la vida. ¿Se casó? ¿Es feliz con un hombre? Incluso he llegado a sentir celos. No me gustan las mujeres, pero ella sí me gusta. *(Breve pausa)* ¿Está mal? ¿Me voy a quemar en algún círculo del infierno por eso? *(Pausa)* ¿Me ayudas a hacer la película?

Alberto no le ha quitado la vista de encima.

Alberto.- Pero de qué se va a tratar.

Elisa.- De que me la encuentre muchos años después, cuando ella tenga justamente treinta años, y yo los cuarenta que tengo ahora. Pero antes tengo que contar la historia de niñas. ¿Y sabes qué? Va a ser mi debut como protagonista en el cine. Tengo muchos años dedicada a los castings, y ahora ya es tiempo de que protagonice esta historia. Y yo me voy a interpretar a mí misma. Se va a tratar de que gracias a su belleza ella es todopoderosa. No creas que se trata de que gracias a que es tan bella se abren todas las puertas, como si fuera Léa Seydoux. Es su belleza, pero no es por eso... ¿Me entiendes?

Alberto.- *(Perturbado)* Yo no sé nada de cine.

Elisa.- Pero sabes de milagros.

Alberto.- ¿Y eso qué?

Elisa.- La única manera de explicar la existencia de esa mujer es pensar en un milagro. O al revés, los milagros existen porque existe ella.

Alberto.- Eso no me gusta.

Silencio.

Elisa.- ¿Sabes por qué hablo contigo? Porque pienso que eres diferente a los otros curas. ¿Por qué la palabra cura suena despectiva? Así que no me vengas a decir que eso te espanta. ¿Por qué a los curas les espanta la belleza? ¿Te excita? ¿La belleza te excita? ¿Así de común y corriente eres?

Alberto.- ¡Me excita pensar que tú piensas en la belleza de esa forma!

Silencio.

Elisa.- ¿Y eso no es un problema?

Alberto.- Debería.

Silencio.

Elisa.- ¿Sabes por qué me vine a vivir a París? Porque imagino que ella se vino a vivir aquí. Una parisina-nigeriana que desquicia el mundo. ¿O debería buscarla en el lugar menos esperado? Arteaga, Michoacán, por ejemplo.

Alberto.- No me parece gracioso.

Elisa.- A mí tampoco me parece que no seas capaz de opinar sobre mi historia.

Alberto.- No me pediste mi opinión.

Elisa.- ¿Era necesario?

Alberto.- No.

Elisa.- ¿Entonces?

Alberto.- Me abrumas.

Elisa.- Y apenas me conoces.

Alberto.- Ya llegó el Arzobispo.

Elisa.- ¿Ese va a ser tu pretexto para irte?

Alberto.- Llegará el día en que te diga que me voy porque voy a buscarla.

Alberto se va.

Elisa.- Amén.

Escena 3

En la estación de tren. En el mismo café.

Alberto.- ¿Eres lesbiana?

Elisa.- No es necesario tener una vida tortuosa de niño para de grande ser alguien despreciable, sin escrúpulos.

Alberto.- Ser lesbiana no te convierte en alguien sin escrúpulos.

Elisa.- No soy lesbiana. (*Breve pausa*) ¿Te parece?

Alberto.- No sé. Me pareció antes, cuando me contaste el guión de la película. No ahorita.

Elisa.- Ni siquiera pasó por mi cabeza.

Alberto.- No te creo.

Elisa.- ¿Por qué?

Alberto.- Porque eso pasa por la cabeza de todos.

Elisa.- ¿Pasó por tu cabeza?

Alberto.- Sí.

Elisa.- ¿Pasó por tu cabeza que yo fuera lesbiana? ¿O que tú podrías ser homosexual?

Alberto.- Las dos. También pasó por mi mente que podría ser bisexual.

Elisa.- Eso pasó por mi mente con la nigeriana. Yo tenía a a mi novio, y al mismo tiempo me traía loca esa mujer.

Alberto.- Dicen que la condición bisexual no existe.

Elisa.- Ustedes ni siquiera reconocen la condición homosexual. Y ambas existen desde que alguien la pone en práctica, ¿no?

Alberto.- Así es. Existe desde que amas a alguien.

Elisa.- ¿La palabra correcta no es adorar?

Alberto.- ¿Cómo?

Elisa.- Así lo diferencio yo. Para mí amar es más genérico. Adorar es tener necesidad de contacto.

Alberto.- ¿A mí me adoras o me amas?

Elisa.- Se puede tener contacto sin adorar.

Alberto.- Entonces no.

Elisa.- Entonces no importa.

Alberto.- Sí importa, porque nosotros adoramos a Dios... Al santísimo.

Elisa.- ¿Y no tienes necesidad de contacto?

Alberto.- No.

Elisa.- ¿Y la hostia?

Alberto.- Es una representación.

Elisa.- Sabe a pan. Me acuerdo.

Alberto.- ¿Hace mucho que no comulgas?

Elisa.- No espero ahorita una evangelización de tu parte, ¿o sí?

Alberto.- Claro que no.

Elisa.- Entonces sí tienes necesidad de contacto con eso que adoras, porque terminas comiéndotelo. Y si no te lo comes, no te sientes pleno.

Alberto.- Visto de esa manera, pues sí.

Elisa. ¿Te vuelve pleno eso?

Alberto.- Sí, claro.

Elisa.- ¿Un panecito te vuelve pleno?

Alberto.- Por supuesto.

Silencio. Elisa ríe discretamente.

Alberto.- ¿Qué?

Elisa.- No, nada. Sólo pensaba que eres muy superior a mí.

Alberto.- De ninguna manera.

Elisa.- ¡Por supuesto! Te satisfaces con un panecito. No cabe duda que está rico, pero pues a mí, que soy débil, me sabe a eso nada más, a un panecito.

Alberto.- Bueno, no es el panecito, es lo que implica. Lo que significa.

Breve pausa.

Elisa.- En una situación normal, te preguntaría qué es lo que significa para ti. Pero supongo que esta no es una situación normal, y a estas alturas, creo que aunque fuera normal, no me importa lo que significa para ti. En fin, puede ser una historia larga... ¿Quién te provocó pensar que podrías ser bisexual?

Alberto.- Alguien a quien admiré mucho. Yo tenía cuando mucho veinte años. Me sorprendía su capacidad de análisis de las situaciones. Me sentía seducido, y me daba cuenta que no era la intención de él hacerlo. Pensaba en que lo amaba más allá de lo que debía. De alguna manera me hacía sentirme culpable. Era un hombre mayor, como de unos cuarenta años, y movía las manos de tal manera que yo imaginaba que tomaba esas manos, me las ponía en la frente, y con sólo el contacto, podía sin ningún problema elevar una oración... Y buscaba provocar el momento del toque de las manos. Pasaron muchos meses sin ni siquiera saludarlo de mano. Parecía que él se conformaba con una reverencia, pero una vez que él escribía algo, con el pretexto de corregir un acento, tomé la mano que empuñaba la pluma, y antes de que él reaccionara, le dije: eucaristía lleva acento en la í.

Elisa ríe discretamente.

Alberto.- Volteó a verme, sorprendido por mi premura, y sonrió. No se preocupe, me dijo, me hablaba de usted... No se preocupe, ya tendré tiempo de corregirlo. Y me sentí como un verdadero estúpido.

Elisa.- Tuviste razón... En sentirte como un estúpido.

Alberto.- Pues sí.

Elisa.- Y además de eso, ¿Qué sentiste?

Alberto.- Fue muy agradable el contacto. Fue allí cuando me pregunté si era homosexual.

Elisa.- ¿Y eras?

Alberto.- No.

Elisa.- ¿Y él?

Alberto.- No lo sé.

Elisa.- No te puedo creer.

Alberto.- De verdad, nunca lo supe. Murió a las pocas semanas. Algo misterioso se lo llevó. Nadie nos dio una explicación al respecto. Sólo que se murió.

Elisa.- ¿Viste el cuerpo?

Alberto.- ¿Estás pensando en que lo mandaron a otra parte y lo hicieron pasar por muerto?

Elisa.- Algo así.

Alberto.- Sí lo vi. Estaba muerto. De eso es de lo único que estoy seguro.

Elisa.- Y de tu heterosexualidad.

Alberto.- Lloré mucho. Me sentí abandonado. Y luego nunca más. De eso hace más o menos diez años, así que la certeza de mi heterosexualidad radica en que nunca más volví a sentir nada por un hombre.

Elisa.- Como yo nunca nada por una mujer, después de la nigeriana. ¡Así que podemos presumir libremente nuestra heterosexualidad!

Alberto.- ¡Mira!

Elisa.- ¿Qué?

Alberto.- Un sacerdote presumiendo su heterosexualidad.

Elisa.- Tal vez en Arteaga, Michoacán, sea un asunto extraordinario, ¡pero en París, en pleno siglo XXI!

Alberto.- Quisiera que Arteaga fuera París.

Elisa ríe.

Alberto.- Bueno, por lo menos en esa manera de pensar.

Elisa.- París es tan bello, que no da tiempo de pensar en ese tipo de cosas. No conozco Arteaga, pero supongo que habrá mucho tiempo para filosofar.

Alberto.- Hay mucho tiempo para hacer muchas cosas, pero efectivamente, nada que se parezca a la belleza de París.

Elisa.- Habría que renunciar a todo.

Alberto.- ¿Para qué?

Elisa.- Para reconocer esta belleza, y otras bellezas, y a través de ellas, alcanzar la serenidad.

Alberto.- ¿Eso es lo que te gustaría?

Elisa.- Eso es lo que estoy a punto de lograr.

Alberto.- No parece.

Elisa.- ¿Por qué?

Alberto.- Si me dijeran que describiera en una palabras a mi amiga la de la estación del tren, no diría precisamente “serena”.

Elisa.- No sabes lo equivocado que podrías estar.

Alberto.- ¿De verdad? ¡Bendita seas!

Elisa.- No sé si sea bendita, pero a estas alturas de mi vida, estoy llegando a lo que creo que siempre busqué.

Alberto.- ¿Puedo saber?

Elisa.- La manera de no dañar siquiera a las almas más inmóviles de la vida.

Alberto.- ¿Almas más inmóviles?

Elisa.- Todo tiene alma, ¿no es así, señor sacerdote?

Alberto.- No todo.

Elisa.- Para mí sí. En todo lugar hay un pedazo de alma. En ese aire que estamos respirando, en esa agua que estamos consumiendo. Y de esa manera, haciendo conciencia de esas almas que van y vienen, vamos a llegar a la no-violencia.

Alberto.- ¿Así nada más?

Elisa.- ¿Te estás burlando?

Alberto.- ¿Y el amor?

Elisa.- El amor provoca más violencia.

Alberto.- ¿Te parece?

Elisa.- Dame una prueba de amor que no genere violencia.

Alberto.- El amor a Dios.

Elisa.- No pudiste escoger una respuesta más violenta.

Alberto.- ¿Es en serio?

Elisa.- El amor a Dios es el que ha generado más odio, más injusticia, más brutalidad.

Silencio.

Elisa.- Ya sé que no estás de acuerdo, y que mi razonamiento te produce dolor, pero ¿sabes qué? A mí me pasa lo mismo. Me duele, porque amo profundamente a Dios.

Alberto.- ¿De verdad?

Elisa.- No sólo lo amo, sino que como tú, hago todo lo posible porque los demás lo amen.

Alberto.- ¿Cómo haces eso?

Elisa.- Como no hacerlo después de conocer a la nigeriana. Esa es la mayor prueba de que Dios existe.

Alberto.- También tú eres una estupenda prueba de que Dios existe.

Elisa.- Gracias por el piropo, pero no es necesario.

Alberto.- Y que yo existo.

Elisa.- (*Se enoja*) ¡No!

Alberto.- Tú misma me lo dijiste cuando hablamos de la complejidad del cerebro.

Elisa.- No estamos hablando de lo mismo.

Alberto.- ¿Entonces?

Elisa.- Los caminos de Dios son inescrutables, ¿no?

Alberto.- ¿Entonces?

Elisa.- Tú tienes los tuyos, yo los míos.

Elisa se levanta.

Alberto.- ¿Y no los podemos juntar?

Elisa.- No lo creo.

Alberto.- ¿A dónde vas?

Elisa.- Desde un punto de vista.... Me quedo.

Elisa sale.

Escena 4

El mismo lugar. Ella está sentada. Él llega.

Alberto.- Decir que uno dijo ciertas cosas en ciertas circunstancias, por las mismas circunstancias no es lo más inteligente del mundo.

Elisa.- Buenas tardes, ¿por qué lo dices?

Alberto.- Venía oyendo en la radio a un político, y de pronto lo escuché muy infantil. Se quejaba de que nadie valoraba lo que hacía por la vida de los demás. Buenas tardes.

Elisa.- ¿Un político?

Alberto.- ¿Cuándo me vas a invitar a una de tus obras?

Elisa.- Los políticos son expertos en circunstanciar los dichos y los hechos.

Alberto.- ¿En qué?

Elisa.- Términos teatrales. No importa.

Alberto.- ¿Y entonces?

Elisa.- ¿Qué?

Alberto.- ¿Cuándo me invitas?

Elisa.- Supongo que pronto.

Alberto.- ¿Están preparando algo?

Elisa.- Estamos trabajando un proyecto a largo plazo.

Alberto.- ¿Cómo es eso?

Elisa.- Por lo menos vamos tardar un año.

Alberto.- ¿Por qué?

Elisa.- Porque primero hay que encontrar a los actores adecuados, y luego entrenarlos, y después prepararlos para el proceso de montaje y ya luego montar, y por fin estrenar.

Alberto.- ¿Tanto tiempo?

Elisa.- ¿Tanto tiempo? Ustedes se están como dieciséis años para debutar, ¿no? ¿Y un año te parece mucho tiempo?

Alberto.- ¿Y qué van a montar? ¿La Casa de Bernarda Alba en musical?

Elisa.- ¿Qué dices? ¿A quién se le ocurriría tamaña estupidez?

Alberto.- Pues por qué no.

Elisa.- ¿Qué sabes tú de La Casa de Bernarda Alba?

Alberto.- Pues que son puras mujeres las que participan, y que sufren por un personaje masculino que...

Elisa.- (*Interrumpe*) Pepe el Romano... Perdón, pero me parece una pésima idea.

Alberto.- Lo bueno es que yo no tengo nada que ver con tu montaje.

Elisa.- Estamos volcados en el arte contemporáneo. Nunca montaríamos una obra tan rígida.

Alberto.- Perdón, ya sé que la experta eres tú, pero yo no diría que la obra es rígida. La historia quizá, pero los personajes...

Elisa.- ¿Y tú de dónde tan conocedor?

Alberto.- Vi la obra con la Comedia Francesa de París.

Elisa.- Pues no. Nosotros vamos a la vanguardia.

Alberto.- ¿Estás enojada?

Elisa.- No, perdón, pero a veces me exasperan las ideas que parecen brillantes y son... ¿Cómo te podría decir?

Alberto.- ¿Idiotas?

Elisa.- ¿No te molesta?

Alberto.- No.

Elisa.- ¡Imbéciles!

Breve pausa.

Alberto.- ¿Y qué es lo que están haciendo?

Elisa.- Pues eso. Reclutando, entrenando.

Alberto.- ¿De qué se va a tratar?

Elisa.- ¿Por qué todo se tiene que tratar de algo?

Alberto.- Bueno, pues yo pensé...

Elisa.- (*Interrumpe*) Cada quién va a decidir de qué se trata.

Alberto.- ¿Y eso no la convierte en un caos?

Elisa.- Me refiero a los espectadores.

Alberto.- ¿Los espectadores?

Elisa.- Ellos van a decidir de qué se trata.

Alberto.- ¡Válgame Dios!

Elisa.- ¿Qué?

Alberto.- Que suena muy interesante.

Elisa.- No lo vas a entender.

Alberto.- ¿Qué?

Elisa.- Si te lo explico no lo vas a entender.

Alberto.- A ver, hagamos el intento.

Elisa.- También los actores van a decidir de qué se trata, pero tendrán más tiempo para decidirlo. Y los espectadores allí, en la función.

Alberto.- ¿Y eso no es injusto?

Elisa.- ¿Por qué va a ser injusto?

Alberto.- Bueno, porque no van a tener tiempo de entender.

Elisa.- Con que tengan tiempo de sentir es suficiente.

Alberto.- ¡Exacto!

Elisa.- ¿Qué?

Alberto.- Estoy de acuerdo contigo. ¿Qué necesidad hay de entender todo cuando se siente algo?

Elisa.- Estábamos hablando de teatro.

Alberto.- Estamos conectados.

Elisa.- No, no lo estamos. Lo tuyo es... pues como de conveniencia.

Alberto.- ¿Y lo tuyo no? No conviene que se entienda porque me imagino que esa es la parte difícil, ¿no?

Elisa.- Quisiera cambiar el tema.

Alberto.- Entonces sí estás enojada.

Elisa.- No, no lo estoy, sólo creo que en ese tema no nos podemos entender.

Alberto.- Cambiemos entonces de tema.

Silencio.

Elisa.- En realidad no tengo tantas primas ni tantas sobrinas.

Alberto.- (*Irónico*) ¿De veras?

Elisa.- Son aspirantes a actrices. Pero no son nada más.

Alberto.- Pues qué bien, ¿no?

Elisa.- ¿Te parece?

Alberto.- Sí. De hecho me parece una labor muy noble.

Elisa.- Muchas gracias.

Alberto.- ¿Es algo así como una escuela de actores?

Elisa.- Algo así.

Alberto.- ¡Felicidades!

Elisa.- A veces uno termina haciendo lo que le hubiera gustado que hicieran por uno.

Alberto.- ¿Qué te hubiera gustado?

Elisa.- Que me dieran la oportunidad de cambiar.

Alberto.- ¿Nadie te la dio?

Elisa.- Yo me busqué la oportunidad. No es lo mismo. Porque eso es más doloroso.

Alberto.- Bueno, pero todos tenemos una misión en la vida.

Elisa.- Pues sí. Y eso es tan absurdo como descubrir la misión de cada quién en lo que hizo. Por ejemplo: ¿Cuál era la misión de aquel vagabundo? No, no, no me digas, déjame adivinar. Mover los corazones de piedra de la gente rica al mostrarles una realidad que no conocen. ¿Y de aquel albañil? Pues muy fácil: Edificar casas en las que la gente construirá un hogar feliz y sólido. ¿Y de los actores? Pues hacer felices a los niños con sus obras infantiles. ¿No te parece una bonita estupidez? ¿Cuál será la misión de un sicario? ¿Matar a gente más indeseable que ellos? ¿O de plano ayudar a que la gente se reúna con Dios? Así que efectivamente, todos tenemos una misión en la vida. ¿La tuya es venir cada semana a recoger al arzobispo? ¿O es de plano platicar conmigo sobre la vida y las misiones? ¿Cuál es mi misión? ¿Hacer felices a miles de jovencitas aspirantes a actrices? ¿O de plano hacerlas infelices? ¡La verdad es que eso de las misiones me parece una auténtica mierda!

Alberto.- Creo que sí estás enojada.

Elisa.- ¡No!

Alberto.- ¿Y por qué no actúas?

Elisa.- ¿Quién te dijo?

Alberto.- Tú, ¿no?

Elisa.- ¡Sí, yo te dije! ¿Y eso qué?

Alberto.- ¿No te vendría bien?

Elisa.- ¡Hoy no damos una!

Alberto.- Perdón, pero no entiendo.

Elisa.- ¿Qué es lo que no entiendes?

Alberto.- Tu enojo.

Elisa.- Toda mi vida he luchado por actuar, por estar en un escenario, ¿Y ahora tú me vienes a restregar en la cara el por qué no actúo?

Alberto.- No fue mi intención...

Elisa.- Treinta años de mi vida he estado en esto. Huí de Tijuana con el pretexto de que la ciudad me quedaba chica. Aproveché una gran tragedia en mi vida para salirme. La tragedia aprovechada, se podría llamar esa obra. Y mi mayor ilusión era conocer París. Y aquí estoy, conociéndolo a fondo. Conozco hasta los barrios más insospechados. Conozco las entrañas de esta ciudad. Y dime tú ¿qué entraña es bonita? ¿Y sabes qué?

No lo he logrado. Así que no me vengas con misiones y sueños y papeles en la vida. ¡Yo no quiero un papel en la vida! ¡Quiero uno en el teatro!

Silencio.

Elisa.- ¿Qué?

Alberto.- Nada.

Elisa.- ¿Es todo lo que vas a decir?

Alberto.- Pues tengo mucho que decir, pero...

Breve pausa.

Elisa.- ¿Pero qué?

Alberto.- No creo que quieras oírlo.

Elisa.- ¿Por qué no?

Alberto.- Porque es complicado cuando no hay una concordancia entre el cerebro y el corazón.

Elisa.- ¿Qué estupidez es esa?

Alberto.- Y menos cuando estás enojada.

Breve pausa.

Elisa.- Me quiero confesar.

Alberto.- Muy bien. Me parece excelente.

Elisa.- Ahorita mismo.

Alberto.- ¿Aquí?

Elisa.- ¿No se puede?

Alberto.- Sí, claro.

Elisa.- ¿Qué es lo primero que se dice?

Alberto.- ¿Estás arrepentida?

Elisa.- No.

Alberto.- Tienes que estarlo.

Elisa.- ¿Cómo voy a saberlo? Necesito decirlo en voz alta. Siempre lo he pensado. Nunca lo he pronunciado. Necesito oírlo de mi propia voz para saber si estoy arrepentida.

Alberto.- Venga, pues.

Elisa.- ¿Y si no lo estoy?

Alberto.- Seguramente Dios no tomará a mal que hagamos una excepción y en el camino logres el arrepentimiento.

Elisa lo ve por unos segundos. Se levanta.

Elisa.- Me gusta más cuando hablas como hombre, que cuando hablas como cura.

Elisa sale.

Escena 5

En la misma estación de tren. Los dos personajes ya están sentados.

Elisa.- Fue como si hubiera recibido un balazo en la cabeza, como si la muerta fuera yo. Habíamos planeado el viaje cuidando todos los detalles. Hicimos una fiesta para despedirnos. Mis amigos actores se morían de la envidia porque yo iba a trascender, iba a conocer los grandes teatros de Europa, y uno de ellos me confesó que desde ese momento ponía todas sus esperanzas en mí. Que por favor no me olvidara de él. Le decíamos Brando, por Marlon Brando. Le daba por estar criticando todo el tiempo las actuaciones de todo el mundo. Bueno, hasta las de Robert de Niro. Nos despedimos de todos ellos, y de pronto, el mundo se vino encima. Se cancela todo, así, por un requisito, por una estupidez, y nosotros ya nos habíamos despedido. ¿Qué se hace con eso? ¿Con qué cara les dices a todos que siempre no? ¿Qué hago con las esperanzas del Brando? De cualquier manera nosotros nos fuimos a París, pero sin salir del departamento. Allí lo construimos. Vimos todas las calles de París, con sus cornisas perfectas, con Depardieu caminando por las calles, tranquilo, sin prisas, disfrutando la vida en rosa. Nuestro París tenía una particularidad: Era único. No existía otro como ese. Pero algo se pudo en ese nuestro París. Cuando Diego, mi novio, murió, fue allí, en ese París de nuestro departamento en Tijuana. Entonces salí, regresé, me enfrenté a mi ciudad, y no es que no me gustara, pero después de vivir por unas semanas en nuestro París, mi ciudad me parecía muy poca cosa. Así que decidí irme. Sin decir nada a nadie. Sin despedirme de nadie, al fin que ya lo había hecho. Y a él lo dejé allí. Alguien lo encontraría. Al principio me dio un poco de miedo de que me culparan de la muerte de Diego, pero después pensé que en México cerrarían pronto el caso. Así que para que no estuviera en París, lo saqué a la entrada del departamento. Y me fui. Tenía poco dinero, pero juntando lo de Diego y lo mío, me alcanzó para llegar a este París en el que estamos ahora. Sentí miedo, pero me daba más miedo quedarme en Tijuana. Así que cuando menos pensé, estaba llegando al *Charles De Gaulle*. Me hubiera gustado que mi llegada a París hubiera estado llena de tragedias, que me hubieran asaltado, que me hubieran violado... Pero no. Nadie me volteaba a ver. Caminé durante muchas horas, y de pronto llegué a una estación de metro. A pesar de que mi última comida había sido en el avión, no tenía mucha hambre. Tampoco mucho dinero. Tomé el metro hasta la estación del Museo De Orsay, y volví a caminar. Seguía sin que nadie me volteara a ver. En ese momento no sabía que en las

calles de París, nadie te ve. De pronto vi un edificio exquisito, con cientos de columnas, y como si me hubieran hipnotizado, llegué a él. Era La Comedia Francesa. Ese día estaba programada *Las alegres comadres de Windsor* de Shakesperare. Compré el boleto más barato, me costó 5 euros. Entré a uno de los balcones laterales, con una vista infame, pero al fin, estaba allí, en uno de los edificios más emblemáticos del teatro en el mundo. La obra estaba en francés. Si no entiendo del todo a Shakespeare en español, pues menos en francés. Me quedé dormida. Me desperté con los aplausos finales de la obra, y en lugar de irme, me metí al baño de mujeres. Allí me oculté. Esperé a que todos se fueran, y después salí para descubrir que tenía que esconderme de un guardia que hacía rondines por el interior de ese gran edificio. Al baño de mujeres parecía que el guardia no entraba. Allí me metí, y pasé mi primera noche en París nada más y nada menos que en el baño de mujeres del edificio de La Comedia Francesa. ¿No te parece una forma maravillosa de debutar en París? A los dos días me fui de allí. Pasé algunas noches en la calle, hasta que llegué a la Embajada de México en Francia. Allí me metieron a un programa de niñeras. Es decir, gente rica que contrata mujeres jóvenes, propiamente estudiantes, para que cuiden a sus niños, y que les ofrecen hospedaje y demás. Yo inventé que estudiaba en la Escuela Jacques Lecoq. Nadie me creía, pero todo mundo se hacía el desentendido. Aunque ese apellido, Lecoq, me traía malos recuerdos. Así se apellidaba el sujeto que nos dio la noticia a mi novio y a mí que siempre no íbamos a París. Así estuve casi dos años, mientras estudiaba intensamente francés. Cuando me sentí más segura, busqué audiciones por todos lados. Nunca me escogieron. Algunos decían que mi físico no era el adecuado para cierto personaje, otros que mi acento no era bueno, otros que me faltaba garra, otros que me sobraba, hasta que me di cuenta que, si no podía con el enemigo, me tenía que unir a él, y fue así como empecé a trabajar como asistente de casting. Fue allí donde empecé con todo esto.

Alberto.- ¿Con qué?

Elisa.- Me contactaron para que les enviara fotos de mujeres francesas de entre 12 y 16 años. Les vamos a decir simplemente “ellos”. Ellos las escogían, y luego yo les mandaba los datos. Para entonces yo ya sabía quién de ellas estaba dispuesta a irse a Irak, a Turquía, a Siria. Yo indagaba en sus vidas, y mientras más bonitas y más vulnerables por su situación en sus hogares, mejor para ellos... y para mí. Me daban mil euros por cada una. Ahora me dan dos mil. (*Pausa*) Todo mundo tiene una gran añoranza por su tierra, pero nadie quiere volver a ella. Pues claro, ¡lo único que le regresamos a nuestros pueblos son toneladas de nostalgia! ¿Y volver a hacer algo allá? No estoy hablando de iglesias, o de camposantos. A ver, ¿por qué no regresar a tu pinchurriento pueblo a construir un teatro, por ejemplo?

Alberto.- ¿Y por qué me cuentas esto a mí?

Elisa.- Porque tú no le vas a decir a nadie. Porque se lo necesitaba contar a alguien. A alguien muy especial. Y porque además esto te puede interesar. Necesito ayuda. Cada vez es mayor la exigencia. ¿No me digas que no llegan niñas bonitas a tu iglesia? A la larga te lo agradecen, porque las estamos mandando para que mejoren su vida. Qué curioso, ¿no? Para ellas, París termina siendo su pinchurriento pueblo.

Alberto.- ¿Quién más lo sabe?

Elisa.- No todas las historias que se oyen son terribles. Digamos que por eso es una opción más para ellas. Algunas son muy felices, se enamoran y abrazan esa doctrina como propia. A las menos les va mal, y esas son las noticias que trascienden. Al principio

lo pensaba mucho, pero después me convencí que yo hubiera deseado que alguien me diera esa opción cuando tenía la edad de esas mujeres.

Alberto.- (*Neutro*) ¿Te das cuenta que las llamas mujeres y son unas niñas?

Elisa.- Cuando empecé a envidiarlas, me metí de lleno a ayudarlas. Y es allí donde me quedó claro que Dios nos escogió para una misión en la vida.

Silencio.

Elisa.- ¿Me quieres ayudar?

Alberto.- ¿Yo?

Elisa.- Me relaja tu tranquilidad.

Alberto.- Eso es lenocinio.

Elisa.- No en realidad. Tal vez técnicamente, pero a estas alturas estamos más allá de la técnica. Ninguna de ellas se va engañada. Incluso tienen oportunidad de conocer e interactuar con su futuro esposo. Primero intercambian algunos correos electrónicos. Luego archivos de voz, y por último tienen un videochat. Si ellas no están convencidas, no se van.

Alberto.- ¿Y cuántas han decidido no irse?

Elisa.- Muy pocas... Una. Pero ella no estaba bien emocionalmente. Incluso tenía tendencias homosexuales. De cualquier manera allá no les hubiera servido. Ellos son, digamos, un poco excluyentes con las homosexuales, por eso es importante que estén en su centro. Y no soy homofóbica, ¿eh?, sencillamente las tengo que proteger.

Silencio.

Alberto.- Me tengo que ir.

Elisa.- Artículo 983 del Código de Derecho Canónico. Inciso uno: El sigilo sacramental es inviolable; por lo cual está terminantemente prohibido al confesor descubrir al penitente, de palabra o de cualquier otro modo, y por ningún motivo. Inciso dos: También están obligados a guardar secreto el intérprete, si lo hay, y todos aquellos que, de cualquier manera, hubieran tenido conocimiento de los pecados por la confesión. Artículo 984, inciso uno: Está terminantemente prohibido al confesor hacer uso, con perjuicio del penitente, de los conocimientos adquiridos en la confesión, aunque no haya peligro alguno de revelación. Inciso dos: Quien está constituido en autoridad no puede en modo alguno hacer uso, para el gobierno exterior, del conocimiento de pecados que haya adquirido por confesión en cualquier momento.

Silencio. Alberto sale.

Escena 6

Mismo lugar.

Elisa.- Ver la vida por una ventana. ¿Te ha pasado? La primera vez fue en aquel nuestro París de Tijuana. Después aquí, en el París real. Lo más curioso es que la vida de nuestro París, vista a través de esa ventana, era más bonita que el París real.

Alberto.- ¿Por qué?

Elisa.- El primer trabajo que tuve en París, fue en un barrio pobre. Sí sabes, ¿verdad? que aquí también hay barrios pobres.

Alberto.- Te burlas.

Elisa.- No, sólo quiero estar segura. Y bueno, por allí veía la vida. Y muchas veces me pregunté si esto era París, y sí era. Y lloraba, porque no era lo que había imaginado. En las noches me iba al centro de París, a recorrerlo, para que se me quitara la nostalgia de mi propio París, aquel que desairé. ¿Sabes de lo que te hablo?

Alberto.- Sí. Yo vi por algunos meses solamente el cielo de París. Y eso porque suponía que aquí estaba.

Elisa.- ¿Estuviste preso?

Alberto.- En un monasterio.

Elisa.- Estuviste preso.

Alberto.- Digamos que me podía ir cuando quisiera.

Elisa.- No lo creo.

Alberto.- ¿Por qué?

Elisa.- ¿Por qué estabas allí?

Alberto.- Por mi propia voluntad. Por una purificación.

Elisa.- ¿Una purificación? ¿De qué?

Alberto.- De mi alma.

Elisa.- ¿Y quién te dijo que tu alma necesita una purificación?

Alberto.- Nadie. Yo sabía.

Elisa.- ¿Y viendo el cielo de París se logra eso?

Alberto.- Digamos que aislando el alma.

Elisa.- ¿Y eso cómo se hace?

Alberto.- Así, en un monasterio.

Elisa.- ¿Y qué ganas con eso?

Alberto.- Son demasiadas preguntas.

Elisa.- Con muy pocas respuestas.

Alberto.- Tú misma decidirás qué es lo que ganas.

Elisa.- ¿Y cómo era?

Alberto.- ¿Qué?

Elisa.- El proceso.

Alberto.- Aíslas el cuerpo, para encontrarte con el alma.

Elisa.- ¿Así nomás?

Alberto.- Para eso necesitas justamente el monasterio. Me levantaba a las cuatro de la mañana. A rezar. A las cinco me daban el desayuno. Pan y agua. Después caminaba... en mi celda, mientras seguía rezando. A la una de la tarde, la comida. Una pieza de pollo, y agua. Leía hasta las seis de la tarde. Venía la cena, un succulento pan con más agua. Y luego a rezar, hasta las ocho de la noche, para luego irme a dormir.

Elisa.- ¿Cuánto tiempo estuviste así?

Alberto.- Poco. Seis meses.

Elisa.- ¿Seis meses te parecen poco? Yo solamente aguanté tres semanas en ese trabajo en el que veía el mundo por la ventana.

Alberto.- La vida, dijiste. No es lo mismo.

Elisa.- Sí. La vida.

Silencio.

Elisa.- ¿Y entonces?

Alberto.- Hoy no viene el obispo.

Elisa.- ¿Entonces?

Alberto.- ¿Esto último fue también en confesión?

Elisa.- ¿Te burlas?

Alberto.- Creo que el enfoque está equivocado.

Elisa.- No importa.

Alberto.- ¿Sabes de lo que estamos hablando?

Elisa.- De futuro, de oportunidades. De una salida. De ir a otro mundo.

Alberto.- Y de no regresar. De pertenecer a una estadística. De que la palabra genocidio sea de uso común entre tus “protegidas”. Ellas van a vivir por supuesto una vida que no han vivido acá. Van a manejar un arma. Van a cuidar a sus varones. Van a procrear a futuros mártires.

Elisa.- ¿Crees que todo eso no lo sé? Pero además son mujeres que se sienten atraídas por la violencia. ¿Y cuál es el problema? Dios les puso esa alternativa, ¿no es cierto? ¿O no existe?

Alberto.- Tú me lo confirmaste.

Elisa.- Pero además hay una ventaja: No se pueden arrepentir. Porque en cuanto llegan allá, ya no necesitan su pasaporte, así que se los quitan. Y también purifican su alma. Si no cumplen con la voluntad de Dios, serán azotadas o apedreadas.

Alberto.- ¿Y eso ellas lo saben?

Elisa.- No lo creen hasta que lo ven.

Alberto.- ¿Estás convencida?

Elisa.- ¿Qué?

Alberto.- ¿Nada más lo haces por dinero?

Elisa.- Te lo voy a repetir de otra manera. Imagina que eres un niño feliz, que todas las mañanas se despierta con el olor del pan recién horneado, que se despereza y luego abre la ventana para ver el amanecer aderezado con un leve viento fresco, y con el sonido del agua de un arroyuelo cercano, y que ríe todo el día porque disfruta mucho la presencia de su madre, ríe porque admira a su padre que todos los días sale por el sustento, y lo espera con ansias, ríe porque escucha las más hermosas historias contadas por el abuelo, y de paso tiene una oveja que es su mejor amiga. Además le gusta aprender cosas nuevas, como los misterios de la naturaleza, y las exactitudes de las matemáticas. Y ese niño se duerme feliz, con una sonrisa en la boca, y con la emoción de que ha vivido un nuevo día.

Alberto.- ¿Qué es todo esto?

Elisa.- ¡Déjame terminar! Y entonces a la mañana siguiente el niño se despierta con el olor del pan recién horneado, se despereza y abre la ventana para ver el amanecer, y ríe todo el día, y aprende, y juega con la oveja, y se duerme, y al día siguiente el niño despierta con el olor del pan recién horneado, y es inmensamente feliz... Y crece, y sigue inmensamente feliz... ¿Me entiendes ahora?

Alberto.- No.

Elisa.- ¡Todo eso no existe! Porque la felicidad aburre. Porque los seres humanos somos unas escorias. Porque la insatisfacción nos corroe las entrañas. Porque la curiosidad nos pierde. ¿En qué parte de la Biblia viene eso? Y bueno, tenemos que inventar una doctrina para poder provocarnos otras emociones. Ellas me han contado lo que sienten al estar con esos jovencitos, lo felices que son protegiéndolos. Los admiran más que al padre cursi que se va todos los días a buscar el sustento. Ellas están dispuestas a matar por ellos. ¿Alguien te ha querido así?

Silencio.

Elisa.- No hay otra alternativa. Aún más, la buena noticia es que hay una alternativa. Y aunque parezca, no es tan mala, sobre todo si pensamos que se hace en nombre de Dios.

Alberto.- ¿En nombre de Dios?

Elisa.- Peores cosas hacen Ustedes en el nombre de Dios.

Silencio.

Elisa.- ¿Entonces?

Silencio.

Alberto.- ¿Cómo le hacemos para ponernos de acuerdo? ¿Cómo poner de acuerdo a la razón y a ese sentimiento que sin razón nos carcome la conciencia? Quisiera saber que hay en esa bolsita llamada justamente así, conciencia. Es como un segundo estómago que se alimenta para convertirlo todo en mierda.

Elisa.- No estás luchando conmigo. Es contigo mismo, porque sabes que tengo razón.

Alberto.- Porque esa es la mejor opción. Estar aquí por algo.

Elisa.- Por eso ese monasterio estúpido en realidad es una cárcel. No sirve de nada estar allí, si no puedes hacer algo por los demás. ¿De qué sirve que comas pan y agua todos los días y que te azotes? ¿El mundo se mejora si quiera un poquito con eso? No me vayas a decir que ignorabas todo esto, porque no te voy a creer.

Alberto.- Supongo que mi misión contigo acabó aquí.

Elisa.- Supones mal. Porque yo necesito de tus servicios profesionales.

Alberto.- ¿Qué?

Elisa.- Así es. Estas no son cosas que se confiesan a todo el mundo.

Alberto.- Esto no es una confesión.

Elisa.- ¿Por qué? ¿Porque no estoy arrepentida? ¿Sabes qué es lo mejor de todo esto? Que “ellos” no te dan oportunidad de que te arrepientas. Esto es como la mafia, no te puedes salir. *(Breve pausa)* En este momento yo me tendría que soltar llorando, pero no

voy a hacer eso, aunque sabes que podría fingirlo, ¿verdad? Pero pues aquí estoy. Ellos van a existir, y dejar de hacerlo equivaldría a tus sacrificios de pan y agua en el monasterio. Es decir, no serviría de nada.

Silencio.

Elisa.- ¿Sabes que desde el principio me di cuenta que me coqueteabas? Nunca me había sentido tan excitada. Ni cuando tenía 20 años. Me recordaste a Diego. Porque ni con la nigeriana. Eres perfecto.

Alberto.- Necesito reflexionarlo.

Elisa.- No se trata de dejarlo todo. Hay personalidades especiales.

Silencio.

Alberto.- La culpa es un sentimiento que me ha perseguido toda mi vida, porque la conozco desde que tengo uso de razón. Cuando era niño, mi primera culpa fue cuando me caí dormido de una cama. Es allí donde empieza mi gran currículum de la culpa. Después, cuando tenía doce, me sentí culpable de ver el primer cuerpo desnudo. En realidad eran dos cuerpos desnudos, y eran muy desagradables, porque eran los de mis papás. Luego me sentí culpable de ver revistas con mujeres desnudas, bellísimas, y me justificaba pensando que estaba en terapia para poder quitarme aquella imagen tan terrible. Nunca lo superé. Cuando entré al seminario tuve mi primera liberación de la culpa, pero al mes ya me sentía culpable de nuevo. Un sacerdote me dijo que yo era demasiado guapo para ser cura, que no iba a lograrlo. No me estaba intentando seducir. Él creía que eso estaba mal, y me hizo sentir culpable. Luego, otro cura, ese sí con intenciones de seducirme, me dijo que era el único seminarista que no había tenido relaciones sexuales, que seguramente cuando las tuviera me iba a arrepentir de estar allí. Lo de mi castidad era verdad, y entonces me sentía muy culpable con cada erección que tenía. ¿Te das cuenta lo terrible que ha sido? Ya te conté de aquel ser humano que me inquietaba, y que murió. ¡También me hacía sentirme culpable! Cuando me vine a París, me sentí culpable de dejar a mi mamá allá. Mi padre había muerto en un asunto muy violento, y bueno, no me gustaba ser hijo de él, y debo de decir que me alegró un poco cuando me enteré de su muerte. Y luego ella murió, y yo no pude ir porque estábamos en medio de un retiro espiritual en Australia. Cuando el arzobispo se enteró, sólo me dijo: Ya no puedes hacer nada. Haces más falta aquí. Ella ya está con nuestro señor. ¡Y la culpa me abrumó! Así he vivido.

Elisa.- No... Definitivamente esto no es para ti.

Alberto.- Quiero mil quinientos euros por persona.

Breve pausa.

Elisa.- Me tengo que ir, el tren llegó.

Alberto.- No quiero tener contacto mas que contigo. Me parece un trato justo.

Elisa.- Mil doscientos, y ochocientos para mí.

Alberto.- Ni una palabra de sus destinos. Y lo vamos a tomar como una obra de caridad. Sólo así.

Elisa.- Como un camino inescrutable de Dios.

Alberto.- Como la vida misma.

Silencio.

Alberto.- ¿Sabes qué me voy a comprar con mis primeras ganancias?

Elisa.- ¿Qué?

Alberto.- Un ornitorrinco.

Elisa.- Yo se dónde hay una tienda.

Los personajes se quedan casi inmóviles, sin verse. Se escucha una mezcla del sonido de un tren que se acerca, con la Vie en Rose, mientras se hace el

Oscuro Final

Tijuana, B.C. a 19 de Julio de 2017